

Lunas

Santiago Martín Bermúdez

PERSONAJES

VIOLETA:

Una mujer de treinta años, de cierta belleza, autoritaria, bastante inteligente y una pizca amargada. La fuerza le viene a menudo del silencio. La actriz tendrá que saber callar y callar diciendo; y mandando. Por otra parte, Violeta quiere ser lo que no es; está persuadida de que tendría que serlo y que es ilegítimo lo que se lo impide. Podría conseguirlo, tal vez, porque la fuerza de voluntad es uno de sus rasgos. No vive en la penuria, pero sí con apreturas. En su infancia conoció tiempos algo mejores, pero a sus treinta años vive de su salario estrecho y de un menester que la humilla (ya veremos hasta qué punto). Se advierte que, del amor, sabe cosas; pero no es eso lo que le preocupa ahora. El sexo es para ella algo habitual, pero casi nunca imprescindible. En ese sentido, es una joven muy normal de su tiempo. Su vida atormentada se ve sacudida por un terremoto que al principio sólo le produce una vaga inquietud. Ese terremoto se llama Dafne. Ahora bien, lo que menos esperaba en la vida es tener que ver con un *thriller*.

DAFNE:

Una muchacha muy bella de unos veinticinco años. Su inteligencia no es superior, y esto debería notarse. Lo que es superior en ella es su capacidad de supervivencia. Oculta algo, es evidente desde el principio, y tiene sus razones; pero, además, tiene un enigma. Uno de esos enigmas a los que es posible acercarse, pero que no se explican en el manual de solución de enigmas. Todo esto es compatible con el arrojo, con el impudor ante los demás. Lo contrario, el pudor, lo reserva para el sexo, y es ése un pudor que carece de medida. El amor, en Dafne, es un misterio dentro del misterio. Las explicaciones por el lado de la patología corren el riesgo de simplificar demasiado. Si Violeta está en una situación apretada, Dafne bordea la marginalidad. Algunas expresiones de argot así lo sugieren; pero renunciamos a reproducir aquí el glosario de tantos dramáticos audiovisuales de nuestros días. Como muestra significativa, vale lo que hay. Lo demás podría ponerlo el trabajo de actriz; sin excesos, por favor. Por lo demás, en este inquieto personaje el *thriller* mitiga lo que de otro modo sería demasiado patente.

SITUACIONES

Hay un tercer personaje, que es un sombrero. O más bien el perchero del que cuelga. Ambos, sombrero y perchero, son intercambiables como personaje.

Podría decirse que también hay un cuarto personaje, un quinto, y otros... Todos ausentes.

Por ejemplo, el amigo, reducido por su escasa entidad a las tinieblas exteriores del escenario. Su presencia en escena supondría darle un peso del que carece.

También hay un hermano, que adivinamos parásito de DAFNE.

Y los «otros», diversión, aunque también amenaza; todos ellos lejanos en el espíritu o en muchos sentidos más.

Es decir, los hombres ocupan un lugar limitado en la vida de estas mujeres, aunque algunas de las cuestiones que les preocupan puedan tener que ver con hombres.

Y es que en esta comedia hay dos tramas. Una principal y otra secundaria. La que importa es la primera. La secundaria la apoya.

El *thriller* es, pero es secundario.

Lo primero es la relación entre ellas.

Que tienen que estar solas, sin nadie más.

Importa la relación entre dos mujeres como éstas, con esas adscripciones sociales, personas que quieren mostrarse y no estar solas, sin por ello acudir a los hombres; y que a duras penas logran mostrarse, y que tienen que pagar por lo otro.

VIOLETA y DAFNE se desenvuelven en un decorado indefinido, que puede ser único a condición de que en ocasiones se sugiera un ámbito distinto al del piso en que tiene lugar casi toda la acción.

El piso de VIOLETA tiene al menos dos elementos permanentes: una mesa con libros y apuntes, ya que VIOLETA prepara unos exámenes en los que proyecta inmoderado anhelo; y, desde luego, el perchero, en el que reside el último de los sombreros.

La indumentaria de VIOLETA no tiene nada de especial, aunque hay cierto gusto en sus vaqueros raídos y sus camisas cenicientas. En casa lleva a menudo una bata de enfermera. Bajo esa bata, a veces no hay nada o casi nada más. Lo que contrasta enormemente con el pudor excesivo de DAFNE, que se advertirá en pequeños detalles que preferimos no confiar exclusivamente a la palabra. Este pudor es compatible con su impudor en el trato cotidiano. DAFNE cambia a veces su indumentaria habitual por un disfraz de cierta cantante famosa a la que admira y quiere parecerse: chaqueta y pantalones de cuero con aderezos y complementos sugestivos; o bien falda muy corta con blusa y chalequillo; o, si no, completo vaquero a la última... Pero como el cabello de DAFNE tarda en crecer, para semejar a su admirada artista no tiene más remedio que colocarse una larga peluca rubia.

Las escenas son numerosas, breves, a veces fugaces. La transición entre una y otra es más o menos rápida, y eso se deduce con facilidad. Hay una continuidad temporal en secuencia, hasta que al final se produce un salto mayor en el tiempo, con lo que habrá que dilatar el paso entre una escena y otra.

PRIMERA PARTE

I

Se ilumina parte del escenario, sobre el perchero. De él cuelga el sombrero. El resto permanece en penumbra. Aparece VIOLETA. Mira el perchero. Le habla.

VOZ DE VIOLETA.- Querido papá: hace ya un año que te fuiste.

Y te echo de menos, a pesar de «nuestras cosas».

Cuando volví de trabajar aquel día no me extrañó que no estuvieras en casa. Lo que me extrañó fue que te hubieras olvidado el sombrero. Nunca te olvidabas el sombrero. Siempre tan paquete, tan presumido. Y tan antiguo.

Esa misma noche sucedió... Un accidente. Eso dijeron: su padre ha sufrido un accidente, señorita.

Al día siguiente conocí a Dafne... Nunca me habías hablado de ella.

¿Por qué no me hablaste nunca de Dafne?

La conocí justo al día siguiente de tu accidente.

Dafne.

Por ella lo supe todo.

Me costó, no creas. Unos cuantos meses. No me lo contó así como así.

A ella le ha costado muy caro. Y a ti, papá. A mí, por poco me toca también...

Pobre Dafne.

Pobre papá.

Ella decía siempre que había encontrado un atajo en la vida. Que hay gente que encuentra atajos, y a esos les va bien. Y gente que no los encuentra.

Nunca me hablaste de ella.

Estoy muy nerviosa, papá. Necesito que Dafne se ponga bien. Dicen que eso es imposible. Pero yo quiero que se ponga bien.

Quiero que vuelva conmigo.

Me llamó al día siguiente de morir tú. Justo un día después.

Creí que era una más que me iba a dar el pésame.

Me dijo: ¿Eres Violeta Ramos?

Ya ves, papá. Te empeñaste en llamarme Violeta, y ahora todos me llaman Violeta.

¿Eres Violeta Ramos?, me dijo.

No me conoces. Me llamo Dafne. Ha sabido lo de tu padre...

Papá, tú ya habías vivido todo lo que tenías que vivir.

Pero, Dafne... Es muy joven.

¿Cómo han podido hacerle eso?

¡Es un crimen!

(Ha empezado a hablar con calma, pero la tensión se le ha impuesto en la garganta, en el gesto. Ahora hacía esfuerzos por no echarse a llorar. En un oscuro, se difuminan VIOLETA y el perchero hasta desaparecer.)

II

Timbre de teléfono. Se ilumina el escenario. VIOLETA y DAFNE. Cada una de ellas, sentada, habla por su aparato desde dos ámbitos distintos. El espacio definido para VIOLETA es el de su piso, con los elementos que ya dijimos y que no será necesario repetir en adelante: sombrero y percha, mesa con libros y apuntes.

VIOLETA.- Dígame...

DAFNE.- ¿Eres Violeta Ramos?

VIOLETA.- Sí. ¿Quién es?

DAFNE.- No me conoces. Me llamo Dafne. He sabido lo de tu padre...

VIOLETA.- (En guardia.) ¿Conocías a mi padre...?

DAFNE.- Mucho. ¿Cómo te encuentras?

VIOLETA.- Me hago a la idea. ¿De qué le conocías? **(Está muy interesada, en exceso. Se ha levantado, algo inquieta.)**

DAFNE.- Me llamo Dafne Romero. ¿No te habló tu padre de mí?

VIOLETA.- No, no recuerdo.

DAFNE.- Tengo algo para ti. Quisiera dártelo. Personalmente.

VIOLETA.- El entierro es mañana, y ha venido mi familia. Me llamas la semana que viene.

DAFNE.- No hace falta esperar tanto. Serán sólo unos minutos. No te arrepentirás de verme, ya lo verás.

VIOLETA.- ¿Puedo hacerte una pregunta?

DAFNE.- Claro.

VIOLETA.- ¿Eras novia suya?

DAFNE.- ¿Su querida? No, no es eso. [...] ¿Estaba muy desfigurado?

VIOLETA.- Prefiero no hablar de eso.

DAFNE.- ¿Fue un accidente?

VIOLETA.- ¿Que si fue...? ¿Qué quieres decir?

III

VIOLETA, sola, habla por teléfono.

VIOLETA.- Sí, me encuentro bien, Juanjo, muchas gracias. [...] Te lo agradezco. Los firmaré después del entierro, ahora no tengo ganas, no puedo. [...] Todo se arreglará. Tú lo arreglarás. Confío en ti, como confiaba papá. [...] Es que quería preguntarte algo. ¿Te suena el nombre de una chica que se llama Dafne Romero?

IV

DAFNE, sola, al teléfono. Manipula alguno de los objetos que la convertirán en «Aspasia»; como la peluca rubia y larga.

DAFNE.- ¡Ni lo sueñes! [...] Hermanito mío, eso me trae sin cuidado. Nadie va a reconocerme. Y, además, estoy perdida, missing. ¡Si me vieras ahora...! (**Enarbola la peluca, como trofeo, o como talismán, para sí misma.**) [...] ¡Y qué me importa lo que han hecho con el piso! ¡Me lo imagino! Han dejado la casa como les hubiera gustado dejarme a mí. ¡Qué más me da! Todo lo que había allí era del Pilatos. [...] Mira, pringao, tu hermana no es una mongola, como tú. El Pilatos reventó, pues que le aproveche. Tú búscame, búscame. A ver si tienes huevos de encontrarme. ¡O que me encuentren ellos! ¡Este país es muy grande! (**Cuelga con violencia. Se pasea nerviosa. Se mira al espejo. Se pone la peluca. Transición. Se sosiega un poco. Como si le hablara a una persona que estuviese ante ella.**) Violeta, qué ganas tenía de conocerte. Él me ha hablado tanto de ti... Te había visto en alguna fotografía, pero no me imaginaba que fueras tan guapa... (**Se detiene.**) No, así no. A ella no le ha hablado de mí, sería muy mala manera de empezar. (**Se recompone.**) A ver... Es horrible, horrible. ¡Cómo ha podido suceder! ¡Qué accidente tan espantoso...! (**Se detiene de nuevo.**) Violeta, tengo algo para ti. Mira, lo primero, ahí tienes. Un talonario de cheques. Tenía una cuenta. No creo que haya mucho dentro, pero es tuyo. Me contó que tenía una hija... (**Vuelve a detenerse. Está descontenta de su «actuación».**) ¡No puedo entrar en materia de esa manera! Voy a meter la pata. (**Se quita la peluca, disgustada de sí misma. Se esfuerza en sonreír. Afable en exceso, con la peluca en la mano.**) Me llamo Dafne. Que quiere decir laurel, ¿sabes?

V

VIOLETA y DAFNE, sentadas a la mesa de una cafetería. VIOLETA va lo mejor que puede. DAFNE, minifaldera, va vestida de Aspasia.

VIOLETA.- No le demos vueltas. Papá conducía muy mal.

DAFNE.- ¿Le van a hacer la autopsia?

VIOLETA.- ¿La autopsia? ¿Para qué? (**Una pausa.**)

DAFNE.- Tengo veinticinco años. Recién cumplidos. Soy Acuario.

VIOLETA.- Yo tengo treinta. Y no sé lo que soy.

DAFNE.- ¿En qué trabajas?

VIOLETA.- (Vacila.) Trabajo de... de enfermera.

DAFNE.- Tu padre me engañaba. Decía que eras abogada en un bufete muy importante.

VIOLETA.- (Disimula su amargura.) Papá mentía a veces...

DAFNE.- Yo tengo un trabajo de señor mayor. Contabilidad. Casi no puedo pagar el piso.

VIOLETA.- Yo estudio oposiciones. No me puedo quedar de enfermera toda la vida.

DAFNE.- Pero tú tienes estudios, ¿no?

VIOLETA.- Terminé derecho hace dos años. Demasiado mayor.

DAFNE.- Entonces, tu padre no mentía del todo. Yo, en cambio, no he estudiado. Fui muy vaga. Ah, y no tengo novio. Tú tampoco, según tu padre.

VIOLETA.- He tenido varios. Estoy harta.

(Se miran unos instantes, en silencio. Se sonríen.)

DAFNE.- Así que nunca te hablé de mí.

VIOLETA.- ¿Papá? No.

DAFNE.- Parece mentira que le hayan... Que haya tenido ese accidente. Estaba lleno de vida, era un hombre feliz.

VIOLETA.- ¿Un hombre feliz? Creo que te equivocas.

DAFNE.- Tal vez tú le veías de otro modo.

VIOLETA.- Yo le veía todos los días, en su salsa. Estaba amargado y amargaba a los demás. Sobre todo, desde que murió mamá.

DAFNE.- Me gustaría hacerte una pregunta. Pero no te enfades. [...] ¿Te sientes aliviada? Con su muerte, quiero decir.

VIOLETA.- Es horrible, pero tal vez sí.

DAFNE.- Este caso es horrible. Lo es.

VIOLETA.- Lo sé.

DAFNE.- No lo sabes.

(Silencio. Se miran con cierta tensión.)

VIOLETA.- ¿Qué sabes que yo no sepa?

DAFNE.- ¿Querías a tu padre?

VIOLETA.- Si te interesa saberlo, sí, lo quería. [...] Sube a mi casa. Hablaremos mejor.

DAFNE.- Sí, vámonos. Hay uno que no para de mirarnos.

VIOLETA.- Es un amigo.

DAFNE.- Lástima. Creí que era un ligón.

VIOLETA.- Le he pedido que nos mire un rato.

DAFNE.- Que me mire a mí. Para darte un informe.

VIOLETA.- Ya no necesito informe.

DAFNE.- ¿Es que te caigo bien?

VIOLETA.- Creo que sí.

DAFNE.- Ten cuidado, a veces nos equivocamos. Vemos lo que queremos ver. Uno se empeña en encontrar de repente lo que lleva buscando hace tiempo.

VIOLETA.- A estas alturas he aprendido que, a veces, el diablo detiene los ojos, aunque siga moviendo las patas. ¿No me estarás aconsejando que no confíe en ti? [...] Contigo estoy dispuesta a arriesgarme. Tienes muchas cosas que contarme. Tú dices que mi padre era un hombre feliz, o algo por el estilo. Es como si me hablaras de otra persona. Quiero que hablemos de esa persona, a ver qué tiene que ver con la que yo conocía.

(Se levantan para marcharse.)

DAFNE.- Por cierto... ¿No te recuerdo a alguien?

VIOLETA.- ¿A alguien? No. No sé.

DAFNE.- Me parezco mucho a Aspasia. Aspasia y Los del Karma, ¿sabes?

VIOLETA.- Sí. Una vez los vi en directo, en la sala Revólver.

DAFNE.- Te llevó ese que está ahí detrás.

VIOLETA.- Sí, ése.

DAFNE.- Entonces, ¿no me encuentras parecido con Aspasia?

VIOLETA.- Ahora que lo dices...

VI

VIOLETA, sola, ante la mesa de estudio, al teléfono.

VIOLETA.- Papá no dejó ni un duro, pero ella se presenta con una cartilla de ahorros. No quiero tocar ese dinero. [...] Sí, también a mí me da lástima. Ahora que ha muerto. Pero era un cabronazo. Y así me veo yo, a mis treinta años, haciendo oposiciones para huir de ese trabajo de esclava. Por su culpa soy lo que soy. [...] Es que estoy muy mosqueada. Dice que no tenían ningún lío, pero no acabo de creérmelo. Es guapísima, ya te habrás dado cuenta. Pero le noto algo raro...

VII

VIOLETA y DAFNE, toman café y fuman.

DAFNE.- A veces llevaba un traje gris que... **(Se detiene.)**

VIOLETA.- Que resultaba muy antiguo, ¿no? [...] ¿Y no iba con otro sombrero a juego?

DAFNE.- Claro que sí.

VIOLETA.- Llevó sombrero toda su vida. En los últimos tiempos dejó de llevar bastón, pero antes no podía salir sin uno.

DAFNE.- Me gustaría ver ese traje gris. ¿Lo conservas todavía?

VIOLETA.- Está en su habitación.

DAFNE.- ¿Lo puedo ver?

VIOLETA.- Sí, ven conmigo.

DAFNE.- Es que... Me da no sé qué entrar en su habitación.

VIOLETA.- Espera un momento.

(Sale VIOLETA. DAFNE queda sola unos instantes, sin dejar de mirar el punto por donde salió la otra. VIOLETA regresa, con un terno en una percha.)

Mira... Ah, se me olvidaba el sombrero. Voy a...

DAFNE.- ¡No! No, por favor... Llévatelo. [...] ¡Por favor, Violeta, llévatelo! **(Se echa a llorar.)**

VIOLETA.- **(Muy sorprendida.)** Dafne... ¿Qué te pasa?

VIII

DAFNE, sola.

DAFNE.- (Al sombrero.) Hola. Hola, sombrero. Podría decirte lo de siempre: Salve, César. Te gustaba. «Salve, César». Y entonces tú querías abrazarme. Y a veces te dejaba. Pero yo sabía cómo íbamos a acabar. Peleándonos. Siempre igual. Siempre igual. (Se vuelve de espaldas al sombrero y empuña uno de los rotuladores de VIOLETA.) Tu hija Violeta estudia demasiado. Un día se lo contaré todo. No se gana mucho como enfermera, así que... Claro, tú esperabas que Violeta se casara con alguien que se ganase bien la vida. Todos los padres esperan lo mismo. Pero ella no es de éstas. Es de otra pasta. No necesita a los tíos. Un ratito, y basta. (Se pasea por la escena, vacilante.) Vivo en un piso, y pago una burrada. Y a Violeta no le da tampoco para vivir sola. Entonces... ¿Por qué no compartimos gastos? Me voy a vivir con ella. Unas semanas, a prueba... (Silencio. Niega, no está convencida.) ¡No, no va querer...! Nos conocemos hace sólo un par de meses... (Silencio.) ¿Cómo lo hago? Tú conoces bien a Violeta, ¿te parece que llegue y le diga que se me ha ocurrido que podríamos vivir juntas?

IX

VIOLETA y DAFNE. VIOLETA habla de manera imperativa, aunque en rigor está haciendo una petición.

VIOLETA.- Se me ha ocurrido una idea. No quiero imponerte nada. Pero que conste que tampoco te lo pido. [...] ¿Ves este piso? Es alquilado. Mi padre no me ha dejado ni una sola propiedad. Todas se las bebió, se las fumó, se las viajó o se acostó con ellas. Además, estoy sola. Voy a tener que compartir este piso. Entonces, me he dicho: ¿por qué no con Dafne? Ella está en otro piso, y no es un regalo. Y está bastante lejos, no como éste. [...] Te propongo que vengas a vivir conmigo. Unas semanas, a prueba.

(Silencio. DAFNE acusa con placer la realización de su deseo. Pero pretende no demostrarlo.)

DAFNE.- ¿Hoy es noche de luna?

VIOLETA.- ¿De luna?

DAFNE.- De luna llena, quiero decir.

VIOLETA.- No lo sé.

DAFNE.- Las noches de luna llena no hay que tomar decisiones. Trae mala suerte. Tu madre murió una noche de luna llena. [...] Yo conocí al Pilatos una noche de luna llena. Era una fiesta que se celebraba por la luna. Precisamente.

VIOLETA.- ¿Quién es el Pilatos?

DAFNE.- Un cabronazo. Esa noche fue de mala suerte. Para él. Por conocerme. Se creía muy listo... ¿Y sabes qué? Se creía que tenía la polla más grande. [...] Pero no... No era la más grande. Las hay más grandes. (**Casi gritando.**) ¡Más grandes que la suya! [...] Hoy no es noche de luna. Si lo fuera, mejor sería no tomar ninguna decisión.

VIOLETA.- Tampoco a mí me gustan las noches de luna. Recuerdo una en la que no podía dormir. Me asomaba a una terraza...

DAFNE.- Y tu chico, en cambio, hasta roncaba. [...] Y comprendiste que no lo querías.

(Asombrada, VIOLETA asiente.)

Viendo dormir a los hombres sabemos si los queremos o no.

VIOLETA.- ¿Has dormido con muchos hombres?

DAFNE.- Con algunos. Con bastantes.

VIOLETA.- Mi padre recitaba a veces unos versos... «Mi voluntad se ha muerto una noche de luna / en que era muy hermoso no pensar ni querer...» ¿No te la recitó nunca?

DAFNE.- ¿Y esa decisión...?

VIOLETA.- Eres tú quien tiene que tomarla.

DAFNE.- Creo que ya la he tomado.

X

VIOLETA, sola, al teléfono.

VIOLETA.- (**Irritada.**) ¡Es decir, que no has averiguado nada! [...]

Esa chica es extraña. No me disgusta. Pero se nota que oculta algo. Que es rarita. No, mala no [...]

¿Qué por qué...? Porque espero que me cuente esa otra vida de mi padre. Esta chica insinúa cosas muy extrañas. [...]

Juanjo, cállate de una vez. No estoy para declaraciones de amor. Y menos si son tuyas. [...]

Si no quieres ayudarme, ya habrá alguien que lo haga.

XI

VIOLETA y DAFNE. En penumbra. Sobre sus rostros se dibujan luces. Están viendo televisión.

DAFNE.- Yo antes me pasaba el día viendo televisión.

VIOLETA.- Yo veo muy poca. Tengo que estudiar.

DAFNE.- Quería ser como la presentadora esa, la de «El juego de la escoba». Ahora quiero ser como Aspasia. La verdad, es que lo que yo andaba buscando es un atajo.

VIOLETA.- ¿Y ya no lo buscas?

DAFNE.- Lo he encontrado.

(Pausa. Se miran. DAFNE corta por donde puede.)

Pero no sé qué me pasa, ya no puedo ver tanta televisión.

VIOLETA.- Será que tienes la cabeza en otra parte.

DAFNE.- Lo que tengo en otra parte es el alma. [...] Tú también. Será el estudio, que te está matando. O por otra cosa...

VIOLETA.- ¿Por qué cosa?

DAFNE.- Por lo de tu padre... Por la manera en que lo mató...

(Un silencio muy cargado. Ambas mujeres se miran como si se hiciesen todas las preguntas y sólo fuera posible ese silencio. DAFNE como si no recogiera velas.)

Ese coche lo mató...

VIOLETA.- (Irritada, enciende la luz. Con el mando a distancia, apaga el televisor.) ¿No te importa...?

DAFNE.- Al contrario. Querría decirte... Te puedes imaginar.

VIOLETA.- Hace tiempo que quiero oírte hablar de él.

DAFNE.- Por eso me has dejado venir a vivir contigo, para que te hable de tu padre. No es por mí misma.

VIOLETA.- Dafne, no juegues conmigo.

DAFNE.- (Repentinamente, cambia de asunto.) Violeta... ¿Has matado a alguien alguna vez?

VIOLETA.- ¿Vas a seguir diciendo tonterías?

DAFNE.- No, tú no tienes pinta de haber matado a nadie.

VIOLETA.- Y tú, sí, ¿verdad?

DAFNE.- Pues sí, yo sí he matado a alguien.

VIOLETA.- (No le hace caso, como si la dejara por imposible.) Va a ser difícil que hables. Quién sabe. Tal vez sea mejor así.

DAFNE.- Si no te cuento nada, me echarás de esta casa.

VIOLETA.- No. Pero quedará prohibido que hablemos de mi padre.

DAFNE.- ¿Y no te podré decir cómo era él fuera de esta casa?

VIOLETA.- (No puede disimular su impaciencia.) A ver, cuenta.

DAFNE.- Podríamos tomarnos una copa. Un anís. Ahí, en el mueble bar. Es una botella de tu padre.

VIOLETA.- Su anís... Lo había olvidado. Mira, ahí está.

DAFNE.- Claro, que... ¿No le importará a él que bebamos de su botella?

VIOLETA.- ¡Qué puede importarle ya...! Yo estaría contenta de que se terminaran el anís que dejé.

DAFNE.- ¿Y si en lugar de anís fuera una mujer...?

VIOLETA.- ¿Se puede comprar el anís con una mujer?

DAFNE.- Claro que no. Pero la mujer puede irse con otro hombre, en lo natural. Pero el anís...

VIOLETA.- O sea, que está feo que se beban el anís del muerto.

DAFNE.- No lo está, ¿verdad?

VIOLETA.- ¿Sabes lo que te digo? Que vamos a tomarnos una copa de anís cada una. ¿Te tranquilizo? (**Asiente DAFNE.**) [...] Dafne, dime la verdad. ¿No eras su amante?

DAFNE.- Ya te he dicho que no. Era estupendo, pero no me gustan los tíos viejos. ¿A ti sí?

VIOLETA.- Tampoco. Los viejos, de pareja, son como padres, o como abuelos.

DAFNE.- Tu padre tenía una pensión de invalidez... Y se la administrabas muy bien.

VIOLETA.- ¿Te dijo él eso?

DAFNE.- Sí, confiaba mucho en ti. Se consideraba un manirroto. Prefería que otro le llevara las cuentas. [...] ¿Qué tal pareja hacía con tu madre?

VIOLETA.- Estupenda... Bueno, de eso hace mucho tiempo. Cuando yo era pequeña, hace muchos años. Una pareja sensacional. Todo el mundo los miraba por la calle. Me gustaba cuando salían a una fiesta, o a algo por el estilo. Iban de punta en blanco, guapísimos. Al final, las cosas fueron de mal en peor.

DAFNE.- ¿Manejaban pasta?

VIOLETA.- Por entonces, bastante.

DAFNE.- Entonces, en vez de un atajo, tú te has encontrado una vía muerta.

VIOLETA.- Nunca se me habría ocurrido explicarlo así. De todas maneras, a mí no me gustan los atajos.

DAFNE.- Claro que te gustan. Como a todo el mundo. Las oposiciones son un atajo. ¿O no?

(Silencio. **VIOLETA empieza a estar molesta con DAFNE.**)

¿Se peleaban?

VIOLETA.- Debió de llegar un momento en que no podían aguantarse.

DAFNE.- ¿No habría otra mujer...?

VIOLETA.- Lo habría sabido, al menos después de morir mamá. Mamá se murió a tiempo. Así no tuvo que separarse de él. Yo tenía doce años. La he echado de menos, sobre todo cuando me habría hecho falta para conchabarme contra el viejo.

DAFNE.- O sea, que no había ninguna mujer. Según tú.

VIOLETA.- Si sabes algo, deberías decírmelo.

DAFNE.- No he querido decir que sepa nada. Pero tu padre podía llevar una doble vida. Ya veo que te gusta controlar mucho, pero a lo mejor no pudiste controlar del todo al viejo.

VIOLETA.- ¿Doble vida...? ¿Tienes pruebas?

DAFNE.- Tengo algunas.

VIOLETA.- ¿Pruebas o fantasía?

DAFNE.- Eso lo tienes que valorar tú. ¿Cómo te explicas lo de la cuenta corriente que tenía escondida? Por poner un ejemplo.

(Silencio. VIOLETA prefiere callar.)

Era un gran tipo. En el barrio le querían mucho.

VIOLETA.- ¿En qué barrio?

DAFNE.- El barrio... En fin, tenemos que empezar a hablar en serio las dos.

VIOLETA.- Yo estoy dispuesta, ya lo sabes.

DAFNE.- Está bien. No sé si es prudente empezar así... Pero te diré algo, antes que cualquier otra cosa. [...] Escúchame bien, Violeta. Tú y yo somos hermanas. Hermanas de padre.

(Asombro de VIOLETA, que no responde.)

Mi madre se llama exactamente igual que yo, Dafne Romero. Bueno, ella no se llama realmente Dafne, sino Daniela. Dafne era su nombre artístico. Llegó a actuar en Florida Park. Seguro que te suena. «Dafne Romero revive los cincuenta». [...] ¿No estás contenta? Creías que eras hija única y de pronto te sale una hermana... Una hermana pequeña. Debería habértelo dicho antes. Pero no me atreví... Violeta, ¿es que no me crees?

XII

VIOLETA, sola, al teléfono.

VIOLETA.- (Irritada.) ¡...Pues, si quieres, no te vuelvo a llamar a tu casa! [...] ¿Y yo qué culpa tengo de tus problemas familiares? ¡Es el colmo! [...] **(Remite su indignación.)** Lo siento, Juanjo, lo siento. Es que me ha puesto nerviosa, tu mujercita no quería pasarte la llamada. [...] No la disculpes, qué más da... Es que he estado pensando en lo que me has dicho. Así que se supone que alguien está buscando a Dafne... O como se llame... Dafne, la hija del viejecito... Es decir, que la gente los tomaba por padre e hija. Pero, de ser así, tiene que haber una partida de nacimiento por algún sitio... [...] No, es igual... Ya lo averiguaremos. Pero comprenderás que resulta difícil hacerse a la idea de que tienes una hermana, así, por las buenas, cuando has cumplido ya treinta años. [...] Que Dios me perdone... Pero papá era un indeseable.

XIII

DAFNE.- Papá me regañaba cuando me acostaba con tíos casados.

VIOLETA.- Conmigo era muy discreto.

DAFNE.- Eso es porque no te acostabas con tíos casados.

VIOLETA.- Eso es porque no me acostaba con tíos casados a los veinte años. ¿Qué edad tenías tú cuando...?

DAFNE.- No sé... Veinte, sí.

VIOLETA.- ¿Y no tenías más a mano alguno de tu edad?

DAFNE.- ¿Cómo sabes que no era de mi edad? En mi barrio la gente se casa muy joven. De penalti, casi siempre. [...] Pero, no, éste era mayor. Más de treinta años. Un viejo.

VIOLETA.- Papá tenía razón en meterse en tus asuntos.

DAFNE.- Violeta, te voy a decir una cosa. Pero no te enfades. ¿De acuerdo? [...] No es que me quiera meter en tu vida, pero no me parece bien que te acuestes con ese Juanjo, así, a lo tonto...

VIOLETA.- ¿A qué viene eso?

DAFNE.- Ya sé por qué me mira de ese modo. Pero tú deberías romper con él, seguir sólo como amigos. Si te lo montas con un tío casado, que sea porque la cosa funcione en la cama. Te comportas como si estuvieras desesperada. Y a ti no te hace falta eso. [...] Papá se avergonzaría de ti. Eres la querida de un pobre hombre. Y, además, gratis.

VIOLETA.- ¿Le tengo que pedir que me pague?

DAFNE.- No es eso. No me explico bien. A ver... ¿No te ha hecho nunca una escena de celos?

VIOLETA.- Ya lo creo que sí. Sin ir más lejos...

DAFNE.- Una vez que volvió de viaje con su mujer. Tú te quedaste aquí y te consolaste con otro. Y nada más llegar se lo contaste. Toma, para que te jodas.

VIOLETA.- Yo no se lo quería contar. Pero él me preguntó si le había echado de menos, y yo...

DAFNE.- Y tú: qué cosas tienes, Pepe. ¿De qué vas?

VIOLETA.- Sí. Y me sonsacó...

DAFNE.- ¿Te sonsacó? Pero si estabas deseando decírselo. No era por celos, tú misma dices que no estás enamorada de él. Pero te podía haber llevado a ti de viaje, ¿no? Si tanto me quiere, ¿por qué no me lleva a mí en vez de irse con su pava, si a ella no la quiere? [...] Los tíos tienen que tener un detalle, ¿no? Un detalle de los buenos, no unas flores de pascuas a ramos.

VIOLETA.- ¿Flores? No... Nunca me ha regalado flores.

DAFNE.- ¿No será de esos que regalan libros?

VIOLETA.- Sí... Me ha regalado libros varias veces.

DAFNE.- ¡Y, encima, rácano!

VIOLETA.- Creo que se está enamorando.

DAFNE.- ¿Te puedo decir otra cosa?

VIOLETA.- (En guardia.) A ver qué se te ha ocurrido ahora.

DAFNE.- Sé que no te llamas Violeta.

VIOLETA.- (Aliviada.) Papá me llamaba así.

DAFNE.- A mí me llamó como a mamá. Dafne. Que quiere decir laurel.

VIOLETA.- Pero tú tampoco te llamas así.

DAFNE.- Algún día sabrás cómo me llamo. De momento, es mejor que no lo sepas. Mejor para ti. De veras.

XIV

Durante esta escena, VIOLETA y DAFNE hacen un canuto, se lo pasan y ríen. Esa risa preside toda esta escena; es la risa sólo a veces estentórea que se autoalimenta, la risa del hachís.

DAFNE.- Entonces, se acercó a la extranjera y le dijo, ¿me hace usted el honor de este baile? La otra no entendía las palabras, pero sabía que la sacaban a bailar, así que dijo *yes* o algo por el estilo, y se puso a bailar con papá. ¡Cómo se pusieron los otros!

(Ríen, una risa excesiva para lo que están contando.)

VIOLETA.- (Con restos de risa a borbotones.) Pero si papá no sabía bailar.

DAFNE.- ¿Que no sabía...? Papá bailaba estupendamente.

VIOLETA.- (Se echa a reír.) Si bailaba estupendamente, es que no era papá... **(Lo cual le hace reír todavía más.)**

DAFNE.- En ese caso, vamos a celebrarlo. ¿Hacemos otro?

VIOLETA.- Lo que tú digas.

DAFNE.- (Hace el canuto con parsimonia, poco a poco, desde los materiales de partida.) ¿Qué estaba yo diciendo...?

VIOLETA.- No recuerdo... (Se pone el sombrero de la percha. Mima con exageración los supuestos ademanes del viejo.) ¿Me hace usted el honor de bailar conmigo...? (Baila, como si llevara una pareja.) Se nota que es usted extranjera. Por el idioma, más que nada...

(Las dos se echan a reír.)

DAFNE.- Tú te puedes poner el sombrero, pero a mí no me dejas.

VIOLETA.- (Se quita el sombrero y se lo pone a DAFNE.)
¡Toma, tu sombrero! Pero trátalo bien.

DAFNE.- Como si no fuera un sombrero, sino una cabeza. Una cabeza con sonrisa, con labios, con ojos que guiñan.

VIOLETA.- Ése sí era mi padre.

DAFNE.- Y el mío.

VIOLETA.- ¡Ay, qué bajón! ¡Qué mezcla! En mi vida he fumado cosa igual. ¿De dónde lo sacas?

DAFNE.- El chocolate no es difícil, sólo tienes que conocer a alguien que tenga moro de verdad. Lo malo es la maría, que te la tienes que mercar de maceta. O que te la meta un yanqui, que te puede pegar cualquier cosa. Para follarse uno de esos, hay que ir con cautela. Ellos quieren a pelo. ¡Qué jodíos!

VIOLETA.- (Riendo.) Yo nunca me he tirado un americano.

DAFNE.- Si tienes capricho, yo te presento un par de ellos.

VIOLETA.- Somos hermanas. ¿No se mosquearán?

DAFNE.- Qué va. A los tíos les encanta irse tirando hermanas, una detrás de otra. Es una fantasía de los tíos, que son muy simples. Se ven llegando a una casa llena de hermanas, y se las van tirando. Hacen colección. Son así... Pero ¿qué va a decir tu novio cuando te tires a uno de mis amigos?

VIOLETA.- No es mi novio...

(De repente, se echan a reír.)

DAFNE.- (Se levanta. Se retoca el sombrero y se inclina ante VIOLETA.) Señorita, ¿me hace usted el honor de este baile?

VIOLETA.- (Con acento vagamente británico.) Caballero...

(Se levanta. Bailan, pero la risa les impide continuar. Siguen fumando, a caladitas breves, espaciadas, que no terminan nunca.)

Oye, ¿y los yanquis esos...?

DAFNE.- Te has quedao con la copla, ¿eh?

(Risas, risas.)

Una noche traigo a un par de americanos y nos los tiramos, ¿vale? Eso sí, que no sea una noche de luna.

(Más risas.)

Yo he tenido ya tres novios casados. Tres. Cuando me empezaban a hacer sufrir, los dejaba. ¿Tú no sufres con éste?

VIOLETA.- Yo, no...

DAFNE.- Así que el que sufre es él. Lo normal en casos así...

VIOLETA.- ¿Se nota mucho que está casado?

DAFNE.- A los tíos casados se los huele a distancia. Es como a los maderos, o a los camellos, o a los bujarras...

(Como si hubiera dicho algo muy gracioso, DAFNE se echa a reír como una loca. VIOLETA la secunda. Tarda la risa en remitir.)

VIOLETA.- ¿Cómo es que no tenemos discos de tu madre?

DAFNE.- Pues... Todo lo que tenía que ver con mi madre lo tenía papá en casa.

VIOLETA.- ¿En qué casa?

DAFNE.- En la mía. Tengo que traérmelos. Los escucharemos juntas mientras nos fumamos un canuto.

VIOLETA.- O mientras nos tiramos a los yanquis esos.

DAFNE.- Y dale con los yanquis. ¿Sabes una cosa? Mi madre estaría muy orgullosa si supiera que nos tiramos a unos americanos mientras escuchamos sus canciones.

VIOLETA.- Siempre y cuando no sea una noche de luna.

DAFNE.- Eso sí. Hay que tenerlo muy en cuenta. No hay que follar en noche de luna. Tú también lo sabes, ¿verdad?

VIOLETA.- Lo sé ahora. Me lo has dicho tú.

DAFNE.- ¿No te habías fijado antes?

VIOLETA.- No. Al contrario, yo creía que una noche de luna era superguay para follar. [...] ¿Cuándo murió tu madre?

DAFNE.- Ya te lo he dicho. Hace tres años. Un cáncer.

VIOLETA.- Como la mía. ¡Qué casualidad!

DAFNE.- **(Repentinamente seria.)** ¿Te imaginas a papá matando a alguien?

VIOLETA.- ¡Cómo!

DAFNE.- Nada, nada... Son fantasías.

(Fuman, ríen, y a veces ríen como si llorasen.)

¿Sabes cuándo me gustaba papá de veras?

VIOLETA.- No cuando bailaba, eso seguro.

DAFNE.- No. Cuando cantaba.

VIOLETA.- (Ríe. Aquello le parece ridículo, en su especial conciencia.) Papá no tenía ni idea de cantar. Se le iba la melodía, desafinaba, tenía una voz horrorosa.

DAFNE.- No me refiero a eso. Era un desastre... Pero le echaba tanto sentimiento.

(Más risas.)

VIOLETA.- Dafne, tengo que decirte una cosa muy importante. [...] Tú no eres Dafne. Tú eres mi padre. Lo sé por el sombrero que llevas puesto. Eres mi padre, que ha muerto, y vuelve para intentar convencerme de que sabía cantar y bailar. Pero no te creo. Papá, eres un mentiroso.

DAFNE.- (Casca la voz, como un viejo de marionetas.) Hija mía, qué falta de respeto. Qué juventud, joder, qué juventud.

(VIOLETA se echa a reír con notorios gestos de sufrir dolores anejos a la excesiva secuencia de carcajadas. La secunda DAFNE, más o menos igual. Ríen ambas, ríen, ríen.)

XV

VIOLETA está dormida en un sofá. La mesa tiene apuntes y libros abiertos. La fatiga le ha sorprendido en pleno estudio. La muchacha se agita, murmura algo poco inteligible.

VIOLETA.- ¿Has vuelto...? ¿Has vuelto...? **(Se agita aún más.)** ¿Por qué? Yo no he hecho nada... **(Un gemido.)** No, no... Es que yo no sabía... **(Más gemidos.)** ¡Has vuelto...!

(Un chillido. Se despierta, mas no se incorpora del todo. No tiene conciencia de que estaba soñando. Alarmada, surge DAFNE de su habitación, en pijama.)

DAFNE.- ¡Violeta...! ¿Qué pasa?

(Acude a VIOLETA, que se despierta por fin del todo.)

VIOLETA.- (Con angustia.) Dafne, ¿eres tú?

DAFNE.- Has gritado... ¿Qué te pasaba?

VIOLETA.- (No consigue recuperarse.) Nada... Era papá...

DAFNE.- ¿Papá? ¿Has soñado con papá?

VIOLETA.- Sí... Yo estaba muy contenta. Has vuelto, has vuelto, le decía. [...] Pero él me insultó. Me llamó puta. Me dijo que Dios me iba a castigar.

DAFNE.- ¿Y por qué te iba a castigar Dios a ti?

VIOLETA.- No lo sé... Dafne, ven a mi lado. Cógeme.

DAFNE.- Cálmate, Violeta, por favor...

VIOLETA.- Llévame a mi habitación.

(DAFNE se lleva a VIOLETA del hombro.)

Le decía «Has vuelto». Estaba muy contenta. Y él...

DAFNE.- ¿Quieres que lee un canuto?

XVI

VIOLETA, sola, ante el perchero iluminado. Lleva la misma bata, sugiere la misma desnudez, pero ya no es visible en ella ningún desvalimiento. Es de nuevo la VIOLETA fuerte, la que calla casi más de lo que dice, y por eso lo que dice tiene más fuerza y es más doloroso.

VIOLETA.- Ya lo ves. No era fácil librarse de ti. Nunca fuiste un tirano. Un canallita, sí, pero no un tirano. Y no conseguía librarme de ti. Hasta me sentía culpable.

(Se ilumina el fondo. Se sugiere una cristalera.)

¿Sabes quién están ahí, en la UCI? Es esa niña, esa que por lo visto te gustaba tanto, viejo verde. Es Dafne, que ha caído en coma. Casi la matan. ¡En qué lío os metisteis! Una niña y un viejo. Claro, era un atajo. Pero no hay atajos. No hay atajos. **(Está nerviosa. Se retuerce las manos. Mira hacia la UCI, ahoga un sollozo.)** Una vez me dijo: te había cogido cariño. A mí me pasó lo mismo. Y eso que la traje a vivir conmigo sólo para que hablara, para que contara todo lo que sabía de ti. Mi padre llevaba una vida desconocida para mí. Nunca hubiera creído que era aquello. Nunca... **(Se ha repuesto. Ahora, en sus palabras hay conformidad, pero también entereza. Queda excluido cualquier patetismo.)** Y, ahora, mírala. Dicen que está a punto de recuperarse. Pero también me dicen que después no hay ninguna garantía. ¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta, papá?

(Lentamente, se hace el oscuro. Concluye así la Primera Parte.)

SEGUNDA PARTE

XVII

DAFNE, a medio vestir, fuma un cigarrillo. Llega VIOLETA, que no la ve. Sólo lleva su bata de enfermera, colocada con prisas para ir al salón en busca de algo que le urge.

DAFNE.- ¿Qué buscas...?

VIOLETA.- (Se vuelve, sorprendida.) ¿Y Charlie?

DAFNE.- Se ha ido.

VIOLETA.- ¿Por qué...? [...] No habéis hecho nada, ¿no es eso?

DAFNE.- Me lo pensé mejor. [...] Ahora dice que soy una *prtitise* o algo por el estilo. Una calentapollas. En su idioma.

VIOLETA.- (Vuelve a buscar en su bolso. Por fin lo encuentra.) Nos hemos quedado sin tabaco.

DAFNE.- ¿Y si sueño con Charlie? Como tú soñabas con papá.

VIOLETA.- (Áspera.) No es lo mismo, creo yo.

DAFNE.- Son sueños. Y sirven para esconderse detrás de ellos.

VIOLETA.- (Irónica.) No sabía, mujer... Bueno, si sirven para eso, algo habrá que dar a cambio.

DAFNE.- Supongo que sí. A cambio hay que dar... el miedo.

VIOLETA.- ¿El miedo?

DAFNE.- El miedo que a ti te da volver a ver a papá. El miedo que a mí me da la polla de Charlie. Y no sólo la de Charlie. [...] ¿Te has tirado a ése?

VIOLETA.- Claro.

DAFNE.- ¿Qué tal?

VIOLETA.- Muy bien.

DAFNE.- Me alegro.

VIOLETA.- ¿Quieres que hablemos? Me fumo uno con él y se va.

DAFNE.- Quítate la bata.

VIOLETA.- ¿Para qué?

DAFNE.- Es que quiero ver una cosa...

VIOLETA.- **(Se quita la bata.)** Ya está.

DAFNE.- **(Como si suplicase.)** Ponte el sombrero.

VIOLETA.- **(Con asombro.)** ¡Dafne!

DAFNE.- Póntelo, por favor.

(Ella misma se lo trae. VIOLETA, cediendo en su mando, se coloca el sombrero.)

Papá, papá. Dame un beso.

(VIOLETA le da un beso paternal a DAFNE. Se sonríen.)

DAFNE.- Me gustaría que me miraras así, como estás ahora... Pero otro día, sin Jack, y sin Charlie. Tú, con el sombrero... Yo sin ropa, sin nada de ropa... Me cubrirías el cuerpo de billetes...

VIOLETA.- **(De repente, brutal.)** ¡Calla! **(Va a irse.)**

DAFNE.- **(Ante el mutis.)** ¿Cuántas veces...?

VIOLETA.- ¿Con Jack? Bueno... Dos.

DAFNE.- Se os oía. [...] Es que estaba aquí, escuchando. [...] Vuelve a tu cuarto, no sea que se cabree ese también. Tíratelo otra vez, no seas tonta. Esta vez no escucharé.

VIOLETA.- No creo que... (Se calla.)

DAFNE.- (Sonríe, repentinamente, satisfecha. Le quita el sombrero a VIOLETA y se lo pone.) No te quejarás. ¡Vaya tíos que te presento!

XVIII

VIOLETA, sola, estudia. La luz del flexo. Libros y apuntes encima de la mesa. El resto, en penumbra. VIOLETA memoriza.

VIOLETA.- El título octavo de la Constitución regula...

(Surge una figura de la penumbra. Parece un anciano. Lleva el terno gris del padre muerto. Evidentemente, es DAFNE, disfrazada. Se ha recogido el pelo, se ha puesto un sombrero, que no es el de siempre, y se ha colocado un bigote blanco.)

DAFNE.- (Con voz forzada, de anciano. Con tono dulzón.) Pero si es mi gatita... Violeta, hija mía, estudias demasiado.

VIOLETA.- (Aterrorizada por la sorpresa.) ¡Ah! (Se pone a chillar, se levanta del asiento, retrocede, tropieza.)

DAFNE.- (Como antes. Avanza hacia VIOLETA.) Cálmate, hija mía... ¿Vas a asustarte ahora de tu padre?

VIOLETA.- (El terror y el estupor dejan paso a la indignación. Ahora grita con ira.) ¡Dafne! ¡Te mato!

(Se abalanza sobre DAFNE, que la esquivo. VIOLETA la persigue. DAFNE evita a VIOLETA alrededor de la mesa de estudio.)

DAFNE.- (Como antes. Huyendo de VIOLETA.) Hija, hijita. Mi gatita. Parece mentira, tratar así a tu padre...

VIOLETA.- ¡De ésta te acuerdas...!

DAFNE.- (Renuncia a su «papel».) ¡Un momento, Violeta!

VIOLETA.- ¡Esto es una burla!

DAFNE.- ¡Basta! ¡Basta, te digo!

(A ambos lados de la mesa, se miran en silencio. Jadean. DAFNE no intenta parecer arrepentida. Más bien, se muestra decepcionada.)

Lo siento, Violeta... Era una broma.

VIOLETA.- Una broma de muy mal gusto. Dime que no volverás a hacer nada parecido. ¡Júramelo! **(Se echa a llorar y se retira.)**

DAFNE.- (Sola. Se empieza a despojar del terno.) Violeta, no tienes sentido del humor.

XIX

DAFNE.- Tu novio me mira de una forma muy rara.

VIOLETA.- Le habrás gustado.

DAFNE.- Si me acuesto con él, ¿no te importa?

VIOLETA.- No es mi novio, ya lo sabes.

DAFNE.- Pero es tu amigo. Y las tías nos cabreamos mucho cuando llega una nueva, con sus manos limpias, y se folla a nuestros amigos.

VIOLETA.- ¿Te gusta?

DAFNE.- No.

VIOLETA.- ¿Entonces?

DAFNE.- Así averiguaré por qué me mira de ese modo. Tal vez sean celos. No le gusta que vivamos juntas. ¿Qué tal lo hace?

VIOLETA.- No está mal.

DAFNE.- Pero lo has conocido mejores, ¿no es eso?

(VIOLETA asiente, muy divertida.)

¿Cuánto lleva casado?

VIOLETA.- No sé. Diez o doce años.

DAFNE.- Se va a enamorar de ti cualquier día de estos.

VIOLETA.- Preferiría que se enamorase de ti.

DAFNE.- Yo le haría desgraciado. Ese chico es el tipo de hombre que está destinado a que le hagan sufrir mujeres como yo. Por cierto, ¿cómo es su mujer?

VIOLETA.- No tiene nada que ver contigo.

DAFNE.- Que no la deje. Que siga con ella. Nunca será feliz, pero al menos no conocerá algo peor. Tal vez se lo diga cuando me acueste con él.

VIOLETA.- Pobre Juanjo. Es uno de éstos que tiene la cabeza en muchas partes y el culo en una sola.

XX

DAFNE.- Hermanito, siempre serás un comemierda, pero puedes ser útil. A ver, por diez talegos: ¿qué saben mis amigos de mi paradero? [...] ¡Ansioso! Te lo mando en un sobre. ¡Hoy mismo! Otra pregunta. ¿En qué barrio creen que me han *localizao*? [...] ¡A ver si te crees que ahora soy millonaria! El botín del Pilatos no da para tanto, mamón. [...] Ya veo: tengo que volverme humo. ¿Quién les estará informando así, poco a poco? Seguro que hay pasma por medio.

XXI

VIOLETA estudia. Llega DAFNE, que parece no atreverse a interrumpir la labor de la otra, pero que acaba por decidirse.

DAFNE.- Tengo que decirte algo...

VIOLETA.- Tengo mucho que hacer... Pero adelante.

DAFNE.- Ese tono...

VIOLETA.- Es mi tono.

DAFNE.- Resulta muy ofensivo... Que lo sepas.

VIOLETA.- Intentaré remediarlo.

DAFNE.- A estas alturas de tu vida ya no puedes remediar nada. Serás siempre la misma.

(Coge el sombrero de la percha y se lo ofrece a VIOLETA.)

Deberías llevar puesto siempre este sombrero.

VIOLETA.- Intentaré ser siempre la misma, pero lo mejor posible. Para eso no necesito ese sombrero.

DAFNE.- Me tratas como a los niños, o a los locos.
(Abandona el sombrero encima de la mesa de estudio.)

VIOLETA.- ¿Vas a hablar, o no?

DAFNE.- ¿No has tenido bastante? ¿No te he contado ya un montón de cosas?

VIOLETA.- ¿De papá? Está bien, yo también te he contado muchas cosas de papá. Nos hemos hecho confianzas, vivimos juntas. Es lo normal, ¿no?

DAFNE.- Vivimos bajo el mismo techo, pero no juntas.

VIOLETA.- No voy a discutir.

DAFNE.- No discutes con nadie. Ni siquiera conmigo.

VIOLETA.- ¿Tantas ganas tienes de que discutamos?

DAFNE.- Si te molesto, me voy.

VIOLETA.- Sólo quisiera saber por qué te haces la importante.

DAFNE.- No sabía que me hiciera la importante. A lo mejor es porque soy una persona insignificante.

VIOLETA.- Yo no he dicho eso. Si quieres hablar de eso tan importante, te escucho. [...] Claro, lo que tú quisieras es discutir. No te preocupes, un día de estos discutiremos.

DAFNE.- Eso es una amenaza.

VIOLETA.- ¡No! ¡No te estoy amenazando, coño!

DAFNE.- ¡Así! ¡Así quería verte...!

VIOLETA.- Te comportas como una niña.

DAFNE.- Como tu hermana pequeña. Pero no lo soy.

VIOLETA.- ¿Cómo...?

DAFNE.- Eso es lo que quería decirte... Verás. Te he mentado. No somos hermanas. Tu padre no era mi padre. Me hubiera gustado, de veras. Pero no lo era...

VIOLETA.- ¿Qué más?

DAFNE.- ¿Te parece poco? Te he mentado. Me he presentado aquí diciendo que soy tu hermana y tú me has creído. ¿Qué se siente cuando a una le dicen que su hermana no es su hermana?

VIOLETA.- No he tenido tiempo a acostumbrarme a mi hermana.

DAFNE.- Hace seis meses que vivimos juntas.

VIOLETA.- Hace cinco que sé que no eres mi hermana.

DAFNE.- ¡Lo sabes! (**Silencio.**) ¿Me quieres menos por eso?

VIOLETA.- ¡Qué tontería!

DAFNE.- Di: no te voy a querer menos por eso.

VIOLETA.- No te voy a querer menos por eso.

DAFNE.- Gracias. (**Se refugia en los brazos de VIOLETA.**)

VIOLETA.- ¿Te dijo papá que te quería cubrir el cuerpo con billetes de banco?

DAFNE.- Sí.

VIOLETA.- Era una manía suya. Se lo oí varias veces. Unas jovencilla, desnuda, y él la cubría con billetes de banco. [...] ¿Cómo podías inventarte todas esas cosas sobre papá...? Lo de la extranjera. Lo de la cantante Dafne Romero...

DAFNE.- Tengo mucha imaginación. Todo el mundo lo dice.

VIOLETA.- ¿Cómo conociste en realidad a papá?

DAFNE.- En unos grandes almacenes. En la trastienda. Nos habían pescado a los dos robando. Era cuando yo no había encontrado mi atajo.

VIOLETA.- ¿Papá robaba?

DAFNE.- Era un profesional. Lo hacía bien. Pero...

VIOLETA.- Es que yo le ataba muy corto.

DAFNE.- Puede ser. Pero se ve que ya era un buen ratero años antes de que nacieras tú. [...] Tu padre y yo nos hicimos socios.

VIOLETA.- Entonces de eso vives. Ya decía yo... [...] ¿Qué hicisteis papá y tú?

DAFNE.- Eramos socios, pero un día decidimos dar el gran salto. El atajo... (**Repentinamente, cambia de tercio.**) ¿Cómo has podido callarte todo este tiempo que lo sabías todo? ¿Cómo te enteraste...?

VIOLETA.- (**Brusca, imperativa, la corta.**) Sigue hablando de la asociación esa entre papá y tú.

DAFNE.- (**No la escucha.**) ¡Ah, ya sé! ¡Aquellos análisis! ¡Una prueba de paternidad! Lo que has hecho es ilegal.

VIOLETA.- Déjalo ya, ¿quieres? Cuéntame lo que hicisteis mi padre y tú. [...] ¿Fue con el Pilatos? [...] Bien, sé que no es fácil sacarte nada si tú no quieres. [...] El caso es que no somos hermanas. Y nunca existió Dafne Romero. [...] ¿Quieres una copa de anís? [...] Tengo café frío. [...] Está bien. Lo tomaré yo sola.

DAFNE.- Ibas a decirme algo.

VIOLETA.- Era lo mismo. [...] Sí. Me parecía que ya estaba bien de farsa. Sabía que no eras mi hermana. ¿Para qué seguir así?

DAFNE.- ¿No decías que no era importante?

VIOLETA.- Y no lo es. Podría haberlo sido si lo hubiese descubierto dentro de diez años. Pero no cuando llevábamos unas cuantas semanas viviendo juntas.

DAFNE.- Violeta, tú no me quieres.

VIOLETA.- Dafne, que quede claro. ¡Yo te quiero! Y te quiero como eres, no como se te ocurre ser cada día o cada semana... Y eso a pesar de que sé que me ocultas lo más importante.

DAFNE.- Han sido los análisis, ¿a que sí?

VIOLETA.- No. Una simple partida de nacimiento.

DAFNE.- Ha sido el cabrón de Juanjo, ¿verdad? [...] Sí, ha sido él. Me odia. Porque no me he querido acostar con él. [...] Otra cosa. [...] Voy a tener que hacer un viaje. O varios viajes. [...] Razones de seguridad. Si viene alguien preguntando por mí o por alguien parecido a mí, no existo, nunca he existido. Díselo a Juanjo. Ni una palabra a nadie. ¿De acuerdo?

(Sale DAFNE. VIOLETA, sola, parece desconcertada.)

VIOLETA.- (Al sombrero, que está encima de la mesa de estudio.) En cuanto a ti, empiezas a saber demasiado de nosotras.

XXII

VIOLETA, sola, al teléfono.

VIOLETA.- Buenas tardes, señor Aguirre... [...] Sí, eso, Alfredo. [...] Creí que ya no me ibas a llamar. [...] Yo... también me acuerdo de ti. [...] Claro. Casi todo mi tiempo libre lo dedico a estudiar. [...] No, nunca es suficiente. [...] ¿De veras podrías ayudarme...? [...] Me sé casi todos los temas, pero... [...] ¿Cuándo? [...] Sí, esta noche. [...] A las nueve. [...] ¿Quedamos en...? [...] Está bien. *Ciao*.

(Cuelga. Queda pensativa. Hace un gesto de resignación. Mira libros y apuntes, como si se tratase de algo inabarcable. Se oye la puerta. Llega DAFNE, con una maleta.)

¿Ya te vas?

DAFNE.- Aún tengo que llenar esta maleta.

VIOLETA.- Tengo que hablarte. Esto va a acabar conmigo.

DAFNE.- ¿Las oposiciones? Ya te he dicho que eso no es ningún atajo. En la vida, unos cuantos encuentran un atajo, y los demás se pasan el día currando para ellos. ¿Y sabes por qué? Porque no han encontrado ningún atajo.

VIOLETA.- Lo tengo al alcance de la mano. Acabo de hablar con... con un tipo importante. Mi padre lo conocía. Me puede ayudar a sacar las oposiciones.

DAFNE.- ¿Un enchufe?

VIOLETA.- Sí.

DAFNE.- Magnífico, ¿no? ¿Por qué te pones así?

VIOLETA.- Creo que quiere algo a cambio. Pero no tengo ninguna garantía...

DAFNE.- Claro que no. Nunca se tienen garantías. Y si te han llevado a la cama, menos aún. Lo mejor es que seas tú quien esté en deuda, no él. Si se acuesta contigo, despídete de las oposiciones. Si le das largas, lo mismo sacas algo.

VIOLETA.- ¿Cómo estás tan segura?

DAFNE.- Segura, no. Pero es lo normal en estos casos. [...] No acabo de comprender esa manía tuya con las oposiciones.

VIOLETA.- Papá se dio una vida de príncipe. Era un señorito. Y acabó arruinándose, sin pensar en mí. Ahora cobraba una pensión que no estaba nada mal. Y yo me las arreglé para que no tocara una peseta sin contar conmigo. Así me pagaba los estudios, los que él nunca se preocupó de darme. Y sigo estudiando, como una loca. No quiero depender de ningún hombre, como no sea un millonario. Y eso no lo voy a conseguir con mi cara bonita.

DAFNE.- Perdona, Violeta. Tienes razón.

VIOLETA.- ¿Sabes una cosa? No soy abogada. [...] Te he engañado. Me daba vergüenza. Estoy en COU. A mis treinta años, y estoy en COU. Con la cantidad de dinero que ha ganado mi padre. Todo se le ha ido en cenas, en fiestas, en viajes... ¡Era un canalla!

DAFNE.- No está bien hablar así de los muertos.

VIOLETA.- ¡Yo conocía muy bien a mi padre! ¡Yo lo soportaba todos los días! He tenido que quitarle el dinero peseta a peseta. Y ahora, de repente, se estrella y se lleva su maldita pensión. ¡Yo quiero sacar esas oposiciones! ¡Por encima de todo! ¡No puedo seguir así!

DAFNE.- Lo comprendo. No debe de ser agradable trabajar de limpiadora en un hospital.

VIOLETA.- (Se estremece.) ¡Qué dices!

DAFNE.- Venga, Violeta... Hay que sacarlo todo, ya que estás de confiancias. Sé que no eres enfermera. De enfermera, sólo tienes esa bata. Eres limpiadora del hospital, y quieres dejar de serlo. No es verdad que no te entienda. Pero quería que me lo dijeras tú. ¿Es que te crees que te iba a querer menos por eso?

VIOLETA.- ¡Dafne! (Se echa a llorar.)

DAFNE.- Venga, Violeta, por favor.

VIOLETA.- ¡Necesito aprobar! ¡Necesito aprobar!

DAFNE.- Te han suspendido ya una vez... Por lo menos. ¿Verdad?

VIOLETA.- Sí. Aún vivía papá, y habló con ese amigo suyo...

DAFNE.- Para esas oposiciones tendrás que hacer antes un cuestionario, ¿verdad?

VIOLETA.- Sí. Antes del examen tienes que poner tus datos.

DAFNE.- Entre ellos la profesión que tienes. Y tú pusiste que eras limpiadora.

VIOLETA.- Sí... Supongo que sí.

DAFNE.- Entonces, por muy bien que lo hagas, te volverán a suspender. ¿Cómo van a aprobar para ese trabajo a una que ha sido limpiadora? ¿En qué país te crees que vives? No puedes volver a presentarte a esas oposiciones. Estás marcada por tu ficha.

VIOLETA.- (En un grito.) ¡Dafne!

DAFNE.- No quiero hacerte daño, Violeta, pero ¿sabes lo que dirán? Mira, otra vez la fregona ésa.

VIOLETA.- ¡No te consiento...!

DAFNE.- ¡No es a mí a quien no tienes que consentirle...! Violeta, tienes que recuperar esa ficha. Para ti, en este momento es peor que una ficha de la policía. Creo que en esto me voy a tener que poner de acuerdo con algunas personas que yo me sé. Con el bueno de Juanjo, por ejemplo.

VIOLETA.- ¿Qué hora es?

DAFNE.- Son las siete.

VIOLETA.- A las nueve viene a buscarme Alfredo.

DAFNE.- ¿El importante?

VIOLETA.- Sí.

DAFNE.- Tienes tiempo de prepararte. Pero ten en cuenta una cosa: nada de cama. Y, si es posible, que no te toque ni un pelo. ¿Estamos?

(Se miran.)

¿Sabes una cosa? Que no necesitas a ese cerdo. Te lo digo yo.

VIOLETA.- ¿Cómo puedes estar tan segura?

DAFNE.- Porque soy una mujer luna. Hay mujeres luna. Y yo creo que lo soy. Tal vez tú también lo eres. Por eso no debemos exponernos a la luna. La luna es mala con las mujeres de luna, y es buena con las mujeres de mañana. A las mujeres de mañana les favorece porque les da lo que les falta. Para nosotras puede ser muy peligrosa. La luna es mujer, y las mujeres siempre hacen daño a las mujeres y benefician a los hombres, sin darse cuenta.

VIOLETA.- Las mujeres son tontas.

DAFNE.- Son ingenuas, inocentes, hasta cuando rechinan los dientes o empuñan un cuchillo. [...] Hoy vas a tener mala suerte. Es noche de luna.

XXIII

DAFNE, al teléfono.

DAFNE.- Hermanito, necesito tu ayuda. Sin que sirva de precedente. [...] Muy fácil. Por veinte talegos, me traes un papelito de nada en una oficina que está llena de papeles. [...] Se localiza fácil. [...] Pero, ojito, despista a tus amigos, que si me encuentran, a mí me cosen las tripas, y a ti se te acaba el chollo.

XXIV

**VIOLETA, sola, estudiando. Suena el teléfono y responde.
Habla con DAFNE, a quien vemos en otro punto del
escenario.**

DAFNE.- Aquí, la fugitiva.

VIOLETA.- ¡Dafne! ¿Dónde estás?

DAFNE.- Ya te lo contaré. ¿Ha preguntado alguien por mí?

VIOLETA.- No, nadie.

DAFNE.- Dale recuerdos al sombrero. Ahora tengo que darte una noticia: ¡Por fin!

VIOLETA.- Por fin, ¿qué?

DAFNE.- Me lo tiré...

VIOLETA.- ¿Cómo?

DAFNE.- Me he acostado con Juanjo. Supongo que no te importa.

VIOLETA.- No me importa.

DAFNE.- Si tú me hubieras dicho que te importaba, yo no me hubiera acostado con él.

VIOLETA.- Has hecho bien, Dafne.

DAFNE.- ¿No me vas a preguntar?

VIOLETA.- ¿A preguntar...?

DAFNE.- ¿Que cómo lo hemos hecho?

VIOLETA.- Bien, supongo.

DAFNE.- No.

VIOLETA.- ¿Mal, entonces...?

DAFNE.- Regular... Bueno, más bien mal.

VIOLETA.- Lo siento. Por un momento pensé que contigo iría todo mejor. Eres más joven. Estás mejor que yo.

DAFNE.- La culpa no era tuya. Es él.

VIOLETA.- Pobre Juanjo...

DAFNE.- Te estaba tomando el pelo. Pero ya no te lo va a tomar. Eres tú quien lo va a mandar a paseo, ¿de acuerdo? Tú no le sirves más que para olvidar sus penas. ¿O no te has dado cuenta?

VIOLETA.- Oye, ya soy mayorcita para saber lo que me conviene.

DAFNE.- Por cierto... Vas a recibir un sobre.

VIOLETA.- ¿Un sobre?

DAFNE.- Es tu ficha. Donde pone que eres una fregona, o algo así. Que conste que Juanjo ha sido incapaz de ayudarme.

VIOLETA.- ¿Cómo lo has conseguido?

DAFNE.- ¡Qué más da! Ahora, prométeme una cosa. No le digas a Juanjo que lo sabes...

VIOLETA.- ¿Te ha pedido él que me lo ocultes?

DAFNE.- Tú, punto en boca. No puedo decirte más.

XXV

Escasos detalles indican que VIOLETA y DAFNE están en un bar. Una mesa, sillas, dos copas, servilletero, carta.

VIOLETA.- He puesto que soy secretaria de dirección.

DAFNE.- Con tal de que no se acuerden de tu cara.

VIOLETA.- De mi cara no se acuerda nadie. Si fuera la tuya...

DAFNE.- Pues ahora sí que me convendría que no me reconociera nadie. Me marchó la semana que viene. Otra vez.

VIOLETA.- ¿No vas a pasar por casa?

DAFNE.- No me conviene que me vean por allí. Por lo menos, en algún tiempo.

VIOLETA.- ¿De dónde sacas el dinero?

DAFNE.- Tengo un trabajo.

VIOLETA.- No es verdad. Tú misma me lo has dicho. Robas.

DAFNE.- Eso era antes. ¿Crees que se saca mucho *chorando*? Es mi atajo. El mío.

VIOLETA.- ¿Por qué tienes que mentir siempre? Tú ocultas algo.

DAFNE.- ¿No dirás que soy una mentirosa? ¿O que estoy loca...?

VIOLETA.- No.

DAFNE.- ¿Entonces de qué vas, marimandona?

VIOLETA.- ¡Basta, Dafne! Te estoy agradecida, pero hay cosas que no puedo consentir, y una es que me mientan. He investigado.

DAFNE.- Pues te han *engañao*, so lista. Te han *engañao*.

VIOLETA.- (Está a punto de perder la paciencia.) ¡Dafne!

DAFNE.- Ah, ahora caigo. No fuiste tú, sino tu amiguito Juanjo. ¡Ese cabrón! ¡Y se quería acostar conmigo...!

VIOLETA.- ¡Dafne! ¿Es que te crees tus propias mentiras...?

DAFNE.- ¿Qué sabrás tú?

VIOLETA.- Eso es lo que quiero, saber. A ver, dime, ¿qué pasó entre papá y tú?

DAFNE.- No me acosté con él, si es eso lo que...

VIOLETA.- ¡No es eso lo que quiero saber! ¡Contesta...!

DAFNE.- No te lo voy a decir. Es por tu bien. No quiero hacerte daño.

VIOLETA.- ¡A mí! ¿Tú...?

DAFNE.- ¡Sí, a ti, yo...! ¿Qué te has creído? ¿Que no puedo hacerte daño? Podría hacértelo, si quisiera. Mucho daño, tanto como te puedas imaginar, y más que eso. Pero no te lo voy a hacer. Porque te quiero mucho. Aunque tú te fíes de ese Juanjo, que es lo peor que se puede ser, un marido *cansao*, que picotea fuera de casa y no piensa más que en follarse a las dos hermanas.

VIOLETA.- No somos hermanas. Y no ha querido acostarse contigo. He hablado con él... [...] Ni se ha acostado contigo ni tenía la menor idea de que tú pensaras en ello.

DAFNE.- ¿Eso te ha dicho? Y tú te lo has creído, claro.

VIOLETA.- ¡Dafne...!

DAFNE.- **(La interrumpe.)** ¡No! [...] **(Con suavidad, como si estuviera hablando de otras cosa y hubiese desaparecido toda gravedad, todo conflicto. Mirada fugaz a los posibles clientes de aquel bar.)** Calla. Se van a enterar de lo que no les importa. Violeta, escúchame... No es conveniente que sepas de qué conozco a tu padre. Es por tu bien. [...] Confía en mí, pequeña...

XXVI

DAFNE, sola, en penumbra, escucha su música favorita, vestida de Aspasia. Sentada, sigue la letra con los labios. Llega VIOLETA.

DAFNE.- (Se levanta, al ver a VIOLETA.) ¡Sorpresa!

VIOLETA.- ¡Has vuelto!

(Se abrazan.)

DAFNE.- Di que tenías ganas de verme.

VIOLETA.- Claro que tenías ganas de verte.

DAFNE.- Yo sí que las tenía. Lástima que...

VIOLETA.- ¿Por qué estás a oscuras?

DAFNE.- Enciende, si quieres. **(Detiene la música.)**

VIOLETA.- (Enciende.) Un viaje un poco largo, ¿no? Y ni una postal. ¿Cómo te ha ido?

DAFNE.- Tengo cosas que contarte. Importantes.

VIOLETA.- Antes, abrázame otra vez.

(Se abrazan. Mucho afecto, pero también cierta aprensión. Saben ya que todo tiene un final. Risas leves, pero intensas. Susurros.)

DAFNE.- Supongo que no hay novedades.

VIOLETA.- Ah, sí, lo olvidaba. Ha llamado un tío. No quiso decirme el nombre. Quería hablar contigo.

DAFNE.- (Alarmada.) ¿Conmigo...? ¿Qué le has dicho?

VIOLETA.- Nada, que te habías ido de viaje. A Francia, le dije.

DAFNE.- No se lo habrá creído. ¿Cuándo fue?

VIOLETA.- Hace lo menos dos meses.

DAFNE.- Eso es una mala noticia.

VIOLETA.- Podía ser tu hermano.

DAFNE.- Aunque fuera mi hermano, es una mala noticia. Ya me han localizado.

VIOLETA.- ¿No estarán vigilando esta casa?

DAFNE.- No creo que esos puedan estar vigilando dos meses. Yo no he visto nada sospechoso. Además, mírame. No hay quien me conozca.

VIOLETA.- Fue por lo que hiciste por mí, ¿verdad?

DAFNE.- ¿A qué te refieres?

VIOLETA.- Te arriesgaste cuando me conseguiste la ficha de examen.

DAFNE.- Puede ser. Ya no me acuerdo. Vamos a tener que desaparecer de aquí.

VIOLETA.- ¿Las dos?

DAFNE.- Pueden volver.

VIOLETA.- **(No le da demasiada importancia.)** Por lo menos, dará tiempo a que cuentes eso tan importante.

DAFNE.- No sé si es importante. Es... una travesura. Pero para mí sí es importante.

VIOLETA.- Me cambio y me lo cuentas.

DAFNE.- Es que voy a salir... **(Le enseña a VIOLETA una cassette.)** Me da vergüenza. Aquí está todo. Lo he grabado.

VIOLETA.- **(Sorprendida.)** ¿Qué es lo que has grabado?

DAFNE.- Lo que te tenía que contar. No te lo puedo decir a la cara. [...] Prométeme una cosa. Tú escuchas la cinta. Una vez, o dos veces... Las que quieras. Pero, a continuación, lo borras todo. ¿Lo harás?

VIOLETA.- Sí, claro... Pero no comprendo...

DAFNE.- Las escuchas tú sola. Sin nadie. **(Toma el sombrero, emperchado donde siempre.)** Sin éste. Júramelo.

VIOLETA.- Te lo juro. Éste va a la cocina ahora mismo.

DAFNE.- Me voy. Pon la cinta. Voy a cenar por ahí. Tardaré.

VIOLETA.- Está bien, está bien. ¿Quieres que te espere?

DAFNE.- No. Ya hablaremos mañana. Voy a tener que marcharme de esta casa. Ahora es peligrosa para mí. Y yo empiezo a ser peligrosa para ti. Hasta luego.

(Se besan otra vez.)

Dime que no me vas a despreciar por lo que oigas.

VIOLETA.- Te lo prometo.

(DAFNE estrecha a VIOLETA y sale de escena. A solas, VIOLETA mira la cinta y el sombrero. Toma el sombrero y sale de escena. Vuelve inmediatamente, sin sombrero. Se dirige a la pletina y pone la cinta. Sentada, de espaldas al público. Sus reacciones serán movimientos de hombros y cabeza. Al cabo de unos segundos, se oye la voz de DAFNE.)

VOZ DE DAFNE.- Querida Violeta... Querida hermana... Es como si fueras mi hermana, y tú lo sabes. Y si no lo sabes, deberías saberlo... [...] Tengo que contarte algo. Una niñería. Si tú no me comprendes, me volveré loca... He estado en Sevilla. He ido con un amigo, con Jaime. Nos hemos peleado. Yo quería acostarme con él, y para eso hemos ido allí. Jaime ha dicho en casa que era un viaje de trabajo. Pero no he podido acostarme con Jaime. Como con Charlie, ¿te acuerdas? ¡Cómo se puso! Le mandé a la mierda, le dije que se fuera de vuelta. Me quedé en el hotel. De turista. Pero hice algo más. Fui al barrio de las putas. Y me puse a hacer la calle.

(Un silencio. Estupor de VIOLETA.)

Violeta, recobra el aliento.

(Gruñe VIOLETA.)

No te puedes imaginar cómo me miraban las putas. Se preguntarían ¿y ésta quién es? ¡Qué éxito tuve! Pero no me fui con ninguno. ¿Que cómo lo conseguí? Muy fácil. Les pedía cincuenta mil pesetas por un polvo rápido. Y se iban corriendo. **(Otro silencio.)** Eso es todo lo que te tenía que contar. **(Otro silencio.)** ¿Verdad que me comprendes? **(Otro silencio.)** Borra la cinta, por favor. Que no la oiga nadie. No se te ocurra ponérsela a Juanjo. **(Otro silencio.)** Violeta, me gustaría acostarme con Juanjo. **(Se le corta la voz, pero se repone.)** Pero no sé qué me pasa. **(Otro silencio.)** Dirás que estoy loca. Pero no es eso... **(Un silencio.)** Violeta, ¿sabes una cosa? Soy virgen. ¡Soy virgen! Soy una pringá, eso es lo que soy.

(VIOLETA, presa del estupor, se levanta, como en guardia. Permanece de espaldas. Silencio.)

Me hubiera gustado acostarme con tu padre. Por él. Lo deseaba tanto. Pero no pude... Nunca pude acostarme con nadie. **(Silencio.)** Tienes que borrar la cinta... Un beso, Violeta. Te quiero mucho.

(Se interrumpe la voz. La cinta continúa, sólo se oye el rumor del arrastre. VIOLETA mira fijamente la pletina.)

XXVII

Habitación de un hotelucho o una pensión. VIOLETA y DAFNE, sentadas. Se miran. Tensión.

VIOLETA.- Este hotel parece una casa de citas.

DAFNE.- No encontré nada mejor.

VIOLETA.- Podías haber ido a casa.

DAFNE.- No podía. ¿No lo comprendes todavía, a estas alturas?

(Silencio.)

VIOLETA.- Está bien. Di lo que tengas que decir.

DAFNE.- Sí, pero recuerda lo que has prometido. Me dejas hasta el final. Y no quiero preguntas...

VIOLETA.- (Disimula su impaciencia.) Cuando gustes.

DAFNE.- Alguna vez tenías que saberlo. Además, así te enteras de una vez por qué tengo que marcharme lo más lejos que pueda. Mi hermano me la ha jugado. Es un bocas. Y el muy cretino ni siquiera sabe lo que ha hecho. (Severa.) Un día entenderás. Por el momento, te callas: lo has prometido. (Transición.) Pues... Érase una vez una muchacha muy candorosa, que se hacía la listilla. Érase una vez un anciano que bailaba claqué y decía el porvenir. Ella no sabía que ella era muy candorosa. Él tampoco sabía que fuese anciano. Se besaban. Ella danzaba desnuda para él. Él reía. Y la llamaba Dafne. Que quiere decir Laurel. Hubo un dios, según parece, que persiguió a una buena moza, y esa moza prefirió convertirse en un arbusto antes que entregarse al dios.

Y esa moza se llamaba Dafne. Una vez... Ella llegó y le dijo, como siempre, «Salve, Cesar», que era lo que a él le gustaba. Y el viejo le dijo «te voy a echar las cartas». Hay un hombre en tu vida. Es de una inteligencia superior. Es distinto a todos. Es algo mayor, pero te ama. Hablaba de sí mismo, el viejo. Sí, dijo ella, como si no se enterara, y se enteraba de todo; sí, ese hombre tiene una pistola. ¿Una pistola?, dijo el anciano, no se ve ninguna. Pues la tiene, dice ella, refiriéndose a otro; y hay que hacer algo. No es una pistolita cualquiera, es una pistola grande, y sabe manejarla. ¿Lo amas?, le pregunta él, que era muy fino hablando, y que ya se da cuenta de que la chica habla de otro. No, responde ella. ¿Por qué no me ayudas a matarlo? Si lo haces, dijo ella, follaré contigo. El anciano tembló y aceptó. ¿Cuándo? El jueves día 15. ¿Por qué ese día? Aún faltan tres semanas. Porque ese día el hombre de la pistola tendrá un saco. Y yo quiero ese saco. Ella no le dijo al anciano que quería ese saco para ella sola, y que tal vez no lo compartiría con nadie.

VIOLETA.- (Ha ido reaccionado ante lo anterior. Ahora, escandalizada, ya no puede más. Alarmadísima, colérica.)
¡Qué quieres decir con todo eso, Dafne!

DAFNE.- (Esperaba la interrupción.) ¡Déjame en paz, mandona!

VIOLETA.- ¡Exijo una explicación!

DAFNE.- (Se levanta.) ¡Se acabó! ¡No has cumplido tu parte! ¡Estoy harta de tus órdenes, de tus malos modos, de tu amargura! Habíamos quedado en que hablaría, pero hablaría como yo sé. Ahora, que venía lo mejor. Ahora venía el atajo. El atajo. Ahora venía lo que hacen el viejo y la chica al de la pistola cuando ya tiene el saco. Ahora venía que el viejo y la chica se emborrachaban, y el viejo cubría el cuerpo desnudo de la chica con billetes de banco. Ahora venía el llanto del viejo porque la chica no se acostaba con él, ni después de haber cumplido el viejo su parte. Ahora venía que los amigos del muerto le daban pasaporte al viejo, simulando un accidente. Ahora venía...

VIOLETA.- (Grita, horrorizada.) ¡Nooooo!

XXVIII

VIOLETA, abatida, sola. Entra DAFNE, disfrazada de Aspasia. Lleva un maletín. Se miran. VIOLETA se levanta.

VIOLETA.- ¡Vaya! Te has atrevido a venir. Para recoger tus cosas, supongo.

DAFNE.- A eso, y a algo más.

VIOLETA.- Contigo no tengo nada que hablar. ¿Qué puedo hablar con quien me ha dicho que a mi padre lo mataron por ella? Te ruego que te des prisa.

DAFNE.- He hablado con Juanjo. Ya sé que lo sabéis todo. El robo, lo de tu padre. Hasta sabes mi nombre, con la partida de nacimiento ésa. Pero, escúchame bien, necesito que nadie sepa mi nombre. Quieren hacerme lo mismo que a papá... Lo mismo que a tu padre. Le dije a Juanjo que sabía quién mató a tu padre. Tomó nota. No parecía muy entusiasmado. Ese amigo tuyo no es Schwarzenegger. Ah, y me contó una cosa...

VIOLETA.- ¿Qué te contó?

DAFNE.- Las desgracias no vienen solas. Te han suspendido.

VIOLETA.- (Abatida.) Sí. (No consigue reprimir un sollozo.)

DAFNE.- Y eso es mucho peor que todo lo demás. [...] Porque tu padre era un perro, que se comió toda tu herencia. Su dinero, el de tu madre y el tuyo. Y encima invitaba a almorzar a jovencitas de los barrios bajos para verlas bailar desnudas y luego hacerse una paja.

(VIOLETA llora.)

Pero que te suspendan es mucho peor. Por lo menos no te habrás acostado con ese cerdo...

(Entre sollozos, VIOLETA niega, enfática.)

Menos mal. ¿Sabes? Me molesta tanta desgracia. Y quiero hacer algo, he sido responsable de algunas cosas malas. **(Coloca el maletín encima de la mesa.)** ¡Mira! **(Abre el maletín. Está lleno de billetes de banco.)** Este dinero es tuyo. Es tu parte.

VIOLETA.- (Reacciona, con contenida indignación, aún llorosa.) ¡Eso es dinero robado!

DAFNE.- Tu padre se pasó sus últimos años robando. A tu madre, a ti. Y ahora, el ladrón te restituye lo que te debe. Con ese dinero puedes dejar la limpieza y estudiar como Dios manda. Y darte unas vacaciones con algún tipo. Uno de verdad, no ese huevazos.

VIOLETA.- ¡Coge ese dinero y vete! ¡Te denunciaré!

DAFNE.- Eres muy mandona. Te crees la mejor y la más lista. Con derecho a gritarnos a todos. Pero eres pobre. Y como eres pobre, te quedarás con ese dinero. Son diez kilos. No te arreglan la vida, pero sí una temporada o un par de ellas. Y nadie sabe que están aquí. A mí me conocen, pero de ti nadie sabe nada. Te lo quedarás, tu padre los ganó para ti. Y no tienes más cojones.

VIOLETA.- ¿Cómo los ganó mi padre?

DAFNE.- Lo sabes muy bien.

VIOLETA.- Quiero oírlo.

DAFNE.- Matando a un *jicho*.

VIOLETA.- ¿A un...? ¿Al Pilatos?

DAFNE.- Pues claro.

(VIOLETA llora.)

El Pilatos me la quería meter. No se le resistía ninguna. Así que dio un golpe. Me quería engatusar con la guita. Ni por esas... [...] Eso sí. Sigue teniendo cuidado con las noches de luna. No gastes ese dinero en noche de luna. Esas noches te quedas en casa tranquila, viendo la televisión. [...] Ahora sí que me marcho... Mañana o pasado me buscarán ya en esta calle. Se les huele...

VIOLETA.- ¡Espera...! [...] ¿Por qué... por qué has tardado tanto en hablar? ¿Qué querías hacerme creer?

DAFNE.- No lo sé. Quería vivir contigo. Ya no es posible, desde luego...

VIOLETA.- ¿Por qué no te fuiste de aquí? Lejos, fuera del país. Ahora te siguen la pista, ¿verdad que sí?

DAFNE.- Sí, tenía que haberme ido. Pero quería conocerte, saber de esa hija suya, de Violeta. Tenía que conocerte. Y saber. Y ya ves, te cogí cariño. No me atrevía a hablar, a contarlo todo. El viejo decía que eras muy especial, y ahora sé a qué se refería. Al principio me lo creí. Me creí que eras así de fuerte, así de potente... Cuando lo comprendí todo, cuando comprendí que eras como yo, un poco tullida, pero pasable, ni mejor ni peor que cualquiera... entonces, hablé...

VIOLETA.- Quisiera saber... ¿Papá bailaba claqué?

DAFNE.- Daba saltitos. Decía que era claqué. Como no sé qué bailarín americano, decía.

VIOLETA.- ¿Dónde vas a ir...?

DAFNE.- Donde no me localicen esos cabrones. Donde no puedan meterme un cañón por el culo antes de disparar. [...] No puedo marcharme sin despedirme. De papá... Quiero decir, del sombrero. ¿Sigue en la cocina?

VIOLETA.- No nos volveremos a ver, ¿verdad?

(Se miran unos segundos, en silencio. VIOLETA abre los brazos. DAFNE se precipita en ellos. Exclaman sus nombres y gimotean. Tras hacerse el oscuro, la transición a la escena siguiente ha de ser algo más dilatada para sugerir que, a diferencia de la secuencia temporal sugerida hasta ahora, ha pasado algún tiempo.)

XXIX

**El perchero. La cama, en escorzo. Allí está tendida
DAFNE. VIOLETA le habla al perchero.**

VIOLETA.- Ahora nuestra vida es monótona. Violeta está muy mal. Habla mucho, pero se cansa. Quiere escuchar una y otra vez la misma cosa. Cómo me quitó la policía el dinero cuando se descubrió todo. Qué pasa con los cabrones esos, que están en chirona, ya veremos por cuánto tiempo. Juanjo y sus pequeñas atenciones. Las heridas que le van a quedar en la cara. Los sueños que tiene... o que se inventa. La puñetera virginidad esa... Las mismas cosas, siempre. Puede volver a caer en coma en cualquier momento. Y, además, tiene esas heridas en la cara. Si la vieras, papá... No, no hay atajos. Tú y Dafne tendríais que haberlo sabido antes. No hay atajos.

(VIOLETA va hacia la cama en que yace DAFNE. No podemos ver los estragos en el rostro de DAFNE, de quien sólo percibimos lo que sin duda es su «perfil bueno». VIOLETA le da de comer. DAFNE habla entre cucharada y cucharada.)

DAFNE.- Estoy mejor aquí, en casa. Contigo.

VIOLETA.- Claro, mujer.

DAFNE.- Estoy mejor aquí, ahora que los han cogido. Porque los han cogido, ¿verdad?

VIOLETA.- Que sí, cuántas veces quiere que lo repita. El que saldrá pronto será el cabrón de tu hermano.

DAFNE.- ¿Y mis padres, no han llamado?

VIOLETA.- No.

(Silencio. DAFNE come, a duras penas.)

DAFNE.- Para esos no existo... No existo. No sé de qué me asombro.

VIOLETA.- Bastante tienen...

DAFNE.- No les disculpes.

VIOLETA.- Serán tus padres, pero esos no tienen disculpa. Lo que pasa, es que les ha caído una buena con lo de tu hermanito.

(Silencio.)

DAFNE.- Violeta, dime la verdad. ¿Los han cogido?

VIOLETA.- Sí. Esos no darán guerra en algún tiempo. Digo yo...

DAFNE.- ¡Qué pena....!

VIOLETA.- ¿Pena porque los hayan cogido? ¡Qué cosas tienes!

DAFNE.- No. La pena es que no te quedaras ni con un duro.

VIOLETA.- No había nada que hacer. Ya te lo he dicho, Dafne. Cuando te hicieron eso, la pasma lo averiguó todo y vinieron a por mí. Y menos mal que se creyeron que lo que faltaba lo habían *despistao* los amigos de tu hermano. Por poco si me *enchironan* a mí también. Me vieron demasiado idiota. Una *pringá* de mierda. Y luego habrían ido a por ti.

(Pausa. VIOLETA sigue dándole de comer a DAFNE.)

DAFNE.- Juanjo me ha mandado flores.

VIOLETA.- Juanjo ha aprendido mucho.

DAFNE.- Lástima que ya no pueda gustarle. Ni a Juanjo ni a nadie.

VIOLETA.- Todo cambiará, mujer, date tiempo. Te pondrás mejor.

DAFNE.- ¿Pero es que no ves cómo me han puesto?

VIOLETA.- Y dale, ya lo he visto. Todos los días lo mismo. Estás igual de buena que antes, joder.

DAFNE.- Oye, Violeta... ¿Es verdad que vas a tirar el perchero... y el sombrero?

VIOLETA.- Sí, un día de estos.

DAFNE.- ¿Y por qué...?

VIOLETA.- Lo sabes de sobra. Porque nos da mal fario.

DAFNE.- Ya no podremos hablar con él... ¿Te das cuenta...?

VIOLETA.- Come, Dafne. No hables tanto.

DAFNE.- Cuando estuve escondida, un día soñé que éramos cantantes. De boleros. Estábamos en Brasil, habíamos huido allí con la pasta. ¿No te he contado este sueño?

VIOLETA.- Claro que sí. Cien veces, lo menos.

DAFNE.- Yo me había ido allí y te llamaba. Ven conmigo, Violeta, y verás lo que es bueno. Tú venías y hacíamos una carrerita allí. De cantantes. Nada importante, lo bastante para vivir, además del dinero del atajo. Cantábamos un bolero que se llamaba *Enojadas con la luna*. Quise hacerle una letra, pero sólo me salía eso. Enojadas con la luna. Lo repetíamos tú y yo. ¿Te gustaría que cantáramos?

VIOLETA.- Yo no sé cantar.

DAFNE.- Enojadas quiere decir cabreadas.

VIOLETA.- Ya lo sé. Come.

DAFNE.- ¿Sabes lo que pasaba allí?

VIOLETA.- ¿Dónde?

DAFNE.- En el Brasil, mientras cantábamos.

VIOLETA.- Creo que ya me lo has contado.

DAFNE.- Tú te ibas con los tíos, y yo me quedaba siempre con un palmo de narices.

VIOLETA.- Sería porque no querías saber nada con ellos y se tenían que consolar conmigo.

DAFNE.- Ahora seré virgen siempre. Quién me va a querer con la cara que me han dejado. Tú siempre has tenido más gracia. Le gustas más a los tíos.

VIOLETA.- Eso lo veremos dentro de poco.

DAFNE.- ¿Dentro de cuánto?

VIOLETA.- Cuando te cures.

DAFNE.- Esto no se cura. Se me va a quedar la cara hecha un Cristo.

VIOLETA.- **(Impaciente, irritada.)** ¡Que comas, hostias...!

DAFNE.- Ya no podré ponerme la peluca. Ya no me parezco a Aspasia.

VIOLETA.- ¡Y dale...!

DAFNE.- ¡Voy a estar como un Cristo toda mi vida!

VIOLETA.- **(No puede más.)** ¡No!

DAFNE.- **(Cambia de repente, de dulce niña a barriobajera desabrida.)** ¡A mí no me grites! **(En un arrebato, deja caer el plato, que se hace añicos; queda derramado todo su contenido.)**

VIOLETA.- ¡Dafne, te odio!

(Silencio. Sollozo de DAFNE. VIOLETA mira a DAFNE, primero con ira, pero no tarda en cambiar su expresión. VIOLETA consigue reaccionar.)

Voy a barrer esto...

DAFNE.- **(Al ver que se va a ir VIOLETA. La barriobajera sólo ha aparecido un instante, y ya se ha diluido.)** Violeta, espera.

(VIOLETA se vuelve.)

Abrázame.

(Con desgana, VIOLETA llega hasta DAFNE. Se miran. De repente, se abrazan con fuerza. Es, tal vez, un juego conocido, un rito establecido en esos días. DAFNE quiere congraciarse con VIOLETA, pero ya ni la teme ni le produce inquietud, balbuceos o vacilaciones. Es niña. O quiere ser niña.)

No me odias, ¿verdad?

VIOLETA.- Claro que no.

DAFNE.- ¿Tú crees que me pondré bien?

(VIOLETA la mira. No responde.)

He tenido un sueño. ¿Quieres que te lo cuente...?

(VIOLETA sigue mirando a DAFNE. Hay una expresión de dureza, no tanto de severidad. DAFNE parece empeñada en ser la niña ilusionada por ir por primera vez al parque de atracciones. Se miran, pero qué distintas ambas miradas. DAFNE espera la respuesta de VIOLETA. Que no llega.)

FIN